

justicia, ¿podría halagar el amor propio del avezado a destruir las nacionalidades? Sin embargo, convencido del valor de los soldados polacos, y alimentando la viva esperanza de formar con ellos un poderoso ejército para que realizara su propia gloria, ó para atraer sobremanera por este medio la atención de Rusia, fraguó una proclama á nombre de Kosciusko, y animó á algunos de los oficiales polacos para que fomentasen una rebelión en el país, confiando en su persona imperial, que con trescientos mil hombres se dirigía al territorio polaco con propósito de exterminar á su enemigo. En efecto, los liasonjeó hasta el punto de que, peleando, se mostraron dignos de ser restituidos en nación independiente.

A mediados de Diciembre condujo á los soldados de Francia y de Italia á aquellos climas sin sol ni caminos, en los cuales, espuestos á oscuros padecimientos, perdían sin combate su energía y entusiasmo. Napoleón, para animarlos, mandó construir en París un panteón en honor del grande ejército, duplicó las pagas, repartió prodigamente los honores; pero los guerreros en todas partes se enfermaban; los ataques desordenados de los cosacos los desanimaban mas y mas; y los mariscales, si por un lado tenían la esperanza de adquirir algún reino, por otro les desconsolaba el ver que el emperador no pensaba mas que en sus propios hermanos.

A Napoleón en los cuarteles de invierno de Varsovia nada le faltaba, ni aun los amores; pero los demas se hallaban sumidos entre el hielo, el fango y el hambre. Tampoco las empresas tenían éxito, pues rebajado el vigor de Napoleón, faltaba la unidad de los movimientos. En la batalla de Eylau contra Benningsen (8 de Febrero de 1807), perecieron mas de treinta mil hombres, caería inútil que se verificó sobre la nieve. Las dos partes se entregaron tristemente al descanso despues de la batalla, pero los enemigos vieron que tambien Napoleón podía perder, y que una derrota seria suficiente para derribarle. El emperador, hallándose á quinientas leguas de su capital, tuvo que pedir un nuevo reclutamiento para asegurarse, é hizo atacar á Danzick por Lefebvre, el primero á quien nombró duque, si bien de humilde nacimiento.

La batalla de Heilsberg (10 de Junio de 1807) no decidió la cuestión; pero cuatro dias despues de Friedland, con grande derramamiento de sangre, y habiendo operado activamente la artillería, fueron vencidos los ru-

cion ninguna á la particion de Polonia; pero tan solo hemos consignado estas pocas reflexiones para dar á conocer á nuestros lectores que tambien los hombres eminentes, entre los cuales Cantú ocupa un puesto muy distinguido, algunas veces se despeñan en errores y contradicciones.

(Nota del traductor.)

cos, triunfo que dió honor al mariscal Víctor. Sin embargo, en los hospitales gemian mas de treinta mil heridos; Napoleón comprendió que tenia que combatir con otros que no eran como los austriacos y los prusianos, por lo que mostró el deseo de entrar en tratos.

Napoleón y Alejandro, el uno de treinta y ocho y el otro de veintinueve años de edad, en la cúspide de la gloria y del poder, y hechos para estimarse por ser despotas entrambos, se reunieron á conferenciar en Tilsit (25 de Junio de 1807), y arreglaron á su capricho el mundo. Napoleón no tuvo presentes los destinos de la Turquía, á la cual habia conmovido, y dejó que Alejandro se fortificara en Valaquia y Moldavia. Alejandro por su parte sacrificó la Suecia, que le habia sido fiel; dejó á Napoleón que dispusiera de la Pomerania sueca con la condicion de que le tolerase conquistar la Finlandia, á fin de extender su dominio sobre el mar Negro, el Báltico y el Danubio; y en cambio de todas estas adquisiciones, reconoció los títulos de Napoleón y de sus satélites, y asistió á los planes del conquistador sobre la constitucion de un grande imperio de Occidente para éste, y otro de Oriente para el mismo Alejandro, que cogieran en medio á la Alemania avasallada.

El rey de Prusia se humilló á suplicar y mas eficazmente su heroica esposa; pero viendo Hardemberg que Napoleón se complacía bajamente en aquel triunfo, exclamó: *es implacable con los desventurados; no sabría soportar dignamente la desventura.*

Napoleón despues de haberles tenido en suspenso, dijo por fin, que estaba dispuesto á devolver la mitad de los Estados al rey de Prusia; pero solamente por consideracion á Alejandro. ¡Tan poco caso hacia de las naciones! Así perdía la Prusia todo su territorio entre el Rhin y el Elba y toda la Polonia, teniendo ademas que satisfacer gravísimos impuestos, y quedando precisada á cerrar sus puertos á los ingleses. Napoleón habria podido obligar á la Rusia á la restauracion de la nacionalidad polaca y negociarla con Austria para quien era ventajoso cambiar la Galitzia por la Silesia; pero se contentó con la parte que le correspondia á la Polonia en 1772, y en ella formó el ducado de Varsovia hereditario en el rey de Sajonia y sus descendientes. Un estatuto formado por una comision de polacos creó en aquel país un senado compuesto de seis obispos, seis palatinos y seis señores de castillos, con una cámara de sesenta nuncios nombrados por las pequeñas dietas de los nobles, y cuarenta elegidos por las ciudades, dominando por tanto en ella la aristocracia.

Otra de las disposiciones del estatuto fueron la igualdad de derechos, la abolicion de la servidumbre y el establecimiento de tribunales para la proteccion de las personas.

Con retazos de la Prusia y de otros Estados germánicos, se formó el reino de Westfalia para Gerónimo Napoleón, donde se abo-

lieron la servidumbre y los privilegios, se conservaron las diversas clases de nobleza, aunque sin prerogativas para empleos ó dignidades, y se decretó que los Estados votasen los impuestos. En cuanto á los códigos, medidas y pesas, fueron los mismos que en Francia.

Quedaron, pues, sacrificadas todas las potencias medianas á las dos grandes que se habian repartido la Europa, para reprimir á Inglaterra. Pero Alejandro se engrandeció con la adquisicion de la Finlandia; y Napoleón debia precipitarse por la guerra de España y por su disension con Alejandro con motivo de la reparticion del imperio otomano, de la cual se habló entonces por primera vez (1).

DESPOITISMO.—BLOQUEO CONTINENTAL.—
GUERRA DE ESPAÑA.

Al atravesar los Alpes, decia Napoleón á un ayudante suyo: "Mucho os parece el ser emperador de los franceses y rey de Italia; yo no me hago ilusiones; soy el instrumento de la Providencia, y ésta me sostendrá mientras tenga necesidad de mí, y despues me romperá en mil pedazos como á un vaso de vidrio (2)."

¡Ojalá no se hubiera olvidado nunca de esto! y hubiese obrado en consecuencia; pero la altura á que habia llegado le deslumbró; y ya su ambicion degenerada en vanidad no reconoció límites, ni atendió por mas tiempo á los pueblos ni dió oídos á la razon, porque no queria ceder á sus impulsos. Destituyó á Talleyrand que se inclinaba á la paz

[1] En el inexorable panegírico que hace Mr. Thiers de Napoleón y de la fuerza, que está publicando con el título de *Histoire du Consulat et de l'Empire*, se lee: "En la embriaguez que causó la prodigiosa campaña de 1805, cambió arbitrariamente la faz de Europa y en vez de limitarse á modificar lo pasado (lo que constituye el mayor triunfo concedido al hombre), quiso destruirlo; en vez de dejar continuar para nuestro beneficio la inveterada rivalidad entre Prusia y Austria, concediendo ventajas á una sobre otra, arrancó el cetro germánico al Austria, sin darlo á Prusia; convirtió su antagonismo en un odio comun contra Francia; creó con el título de confederacion del Rhin, una pretendida Alemania francesa, compuesta de príncipes alemanes poco agradecidos á nuestros beneficios; y despues de haber hecho inevitable la guerra con Prusia por esta injusta demarcacion de los límites del Rhin, guerra tan impolitica cuanto gloriosa, se dejó arrastrar por el torrente de la victoria hasta las márgenes del Vistula; llegó á intentar la restauracion del reino de Polonia, teniendo á la espalda á la Prusia vencida, pero furiosa, y al Austria su enemiga secreta é implacable; todo esto era admirable como obra militar, pero como obra política imprudente, excesiva, quimérica." *Fin del libro XXVII.*

[2] Memorias del coronel Baudus.
HISTORIA.—49.

marítima y que conociendo con su sagacidad acostumbrada adonde iba á parar Napoleón, se atrevia en un epigrama á decir lo que otros callaban. Destruyó el tribunado; no quiso que volviera á ponerse en las monedas y en las fechas el título de la república francesa; restableció en San Dionisio el panteón de los reyes para sepultar á los de su estirpe; decretó la moralidad como una ceremonia y las ceremonias como deberes, y quiso reglamentar segun la nueva etiqueta, aun los amores de sus hermanas. Sin embargo, aquellas altezas improvisadas no inspiraban el menor respeto; la corte con libreas pomposas é inalterable ceremonial y con besamanos matutinos á la antigua, se encontraba embarazada y confusa y parecia muy ridícula á los ojos de la sensatez; Napoleón no hacia buena figura cuando se presentaba á lo Luis XIV, al paso que estaba bien entre los militares que usaban menos reverencias y mas franqueza. Podia desearse un rey, mas nadie queria aquel lujo insultante, aquella corte numerosa que renegaba del origen popular, el cual habia formado su mas luminosa aureola.

El golpe mas impolitico y atrevido que se dió á los grandiosos acontecimientos de 1789, fué la creacion de mayorazgos y feudos. Para esto ofrecieron á Napoleón el medio, los territorios cedidos por Austria y Prusia, y el ejemplo los doce pares de Felipe Augusto y los caballeros de la Tabla redonda. Animado á imitarlos, creó doce ducados en el territorio veneciano, vinculando en ellos una décima quinta parte de las rentas que el reino de Italia produjese, reservándose el nombramiento de seis grandes feudos en el reino de Nápoles. A otros dió el título de sus victorias, é instituyó otros en Italia y Alemania, todo sin pedir consentimiento de los gabinetes ni consultar á los pueblos sobre quienes pesaban tales cargas, y que aun admitiendo la monarquía, no querian sufrir los privilegios aristocráticos cuya destruccion era el mas hermoso trofeo de la revolucion.

Tanto se adulaba al hombre árbitro de los honores, títulos, pensiones y reinos, que pasaba de los límites de su deseo (1). Aquel hombre, destruyendo las quimeras que los pueblos habian formado, queria hacer tambien que abdicasen sus derechos, y una vez impuesto el silencio á los rencores, aspiraba á imponerle igualmente á las opiniones, oprimiendo, ante todo, el pensamiento y la instruccion, y despues hasta las conciencias, sin querer que hubiese ninguna fuerza fuera de su círculo. Los impuestos eran enormes con motivo de la guerra, y se cobraban con rigor; la conscripcion no reparaba en afectos, enviaba á los rebeldes á los presidios con los ladrones, y ponía soldados que vivian á

(1) ¡Qué monstruosidad para ellos! ¡Qué trastorno completo en todos sus principios! ¡A cuántas cosas extraordinarias he dado margen! ¡Sin embargo, yo no las habia mandado y ni siquiera advertido!—*Memorial de Sainte-Hélène.*

discrecion en las casas de los padres ó parientes que no delataban á los prófugos.

El absolutismo disgusta, y sin embargo inspira cierta necesidad al déspota de aumentarlo. Una policía que era como Argos toda ojos y oídos, celaba á grandes y pequeños, y además de las atribuciones que le pertenecian y de los tribunales especiales, podian suspenderse las garantías constitucionales en departamentos enteros. "En Inglaterra, decia Napoleon, el poder es monárquico, aristocrático y fraccionado; y por consiguiente, está la nacion dividida por él y necesita una oposicion. Pero en Francia el pueblo me cedió sus poderes; el pueblo soy yo; él no puede tener un interes distinto del mio, y quien me contradice ataca en mí á todo el interes público." Al oír este lenguaje no parecia sino que el resultado de tan grandes movimientos habia perecido; pero las obras del tiempo y de la libertad no mueren jamas.

El mismo Napoleon comprendió que su reino era pasajero si no se apoyaba en la libertad, y por lo mismo trató de robustecerlo dando coronas á sus parientes; pero se engañó en moral lo mismo que en política. Habia dado á José el reino de Nápoles, y á Gerónimo el de Westfalia, haciéndole contraer matrimonio con una princesa de Wurtemberg; y para asegurar la sumision de Holanda, importantísima por estar espuesta á las invasiones inglesas, regaló esta corona á su hermano Luis (Junio de 1806). Este tenia veintiocho años y Gerónimo veintidos, y ninguno de los dos conocia la índole de sus pueblos respectivos ni el arte de gobernar; pero qué importaba á Napoleon esto si se conservaban en el trono aquellos bajos súbditos suyos (1)? El los tenia ligados al imperio por las grandes dignidades, pues José era gran elector y Luis condestable; pero no pudo impedir que favoreciesen los intereses de las naciones donde les habia hecho reinar y que con frecuencia eran contrarios á los suyos. En el reino de Italia, además de los grandes feudos y del tributo de los treinta millones, se reservó sobre el monte una renta anual de un millon doscientos mil francos para premiar el mérito de los generales y oficiales. Otro millon sacaba de Nápoles con el mismo objeto, y luego el sis-

[1] Yo sentia mi aislamiento, y por lo tanto echaba anelas de salvacion por do quiera en el mar. ¿Qué apoyos mas naturales que mis allegados? ¿Podia acaso esperar algo de mejor por parte de los extranjeros?—Yo no tuve la dicha que Gengiskan con sus cuatro hijos, que no conocian mas rivalidad sino la de servir bien á su padre.—¿Creaba yo un nuevo monarca!—Este se creia desde luego rey por la gracia de Dios.—¿Tan epidémica es esta palabra! El tal rey no era ya uno de mis lugartenientes de quienes podia fiarme, sino un enemigo mas que aumentaba mis recelos y mis cuidados.—*Memorial de Sainte Hélené.*

tema continental acabó con este país, y todavía mas con Holanda, que no vive sino del comercio. Luis entonces, no queriendo ceder á los arbitrarios despojos de los generales franceses, pensó en oponerles resistencia; y luego, viendo su rivalidad, cayó en el mayor desaliento. Por su parte la Alemania se oponia al nuevo régimen, tanto mas cuanto que Napoleon queria sujetar á los príncipes del Rin, sus vasallos, á condiciones que daban á aquellos gobiernos, antes paternales, el timbre de tiránicos.

Dados los grandes golpes de Austerlitz y de Jena, solo le quedaba que combatir á Inglaterra. El principal fin de su política era abatirla, y no obstante, nunca la estudió, desconociendo aquella constitucion, aquella aristocracia, aquella libertad, aquel sistema militar y económico, aquellos parlamentos, dirigiéndola insultos, llamándola pérfida Albion, nacion de mercaderes, prodigándola otros vituperios de este jaez, y exigiéndolos como parte de la adulacion, de sus propios panegiristas. No estando habituado sino á los elogios, los clamores de la oposicion en aquel parlamento y el bullicio de los *meetings* le parecian precursores de trastornos; desconociendo aquellas intrigas, tomaba por sinceras las peticiones de paz y despreciaba al gobierno y á los soldados ingleses, con los cuales jamas habia combatido sino en Tolon; por último, ignorando la teoría del crédito, juzgaba á la Inglaterra abismada; pero los grandísimos empréstitos que el gobierno inglés levantaba, estribaban en el crédito; los subsidios que daba á las potencias extranjeras daban estímulo á la fabricacion y entraban otra vez en el país en cambio de géneros, mientras que Francia, obligada á enviar dinero á todos los puntos, carecia de objetos que dar por él (1).

Por el contrario, la Inglaterra confiada en sí misma, estudió á fondo á su enemigo. No le movió guerra sino sostenida por robustos aliados sobre los que caian los primeros golpes; no envió sino ejércitos escogidos y numerosos, voluntarios y de maravillosa disciplina; sus generales, que debian á la nacion cuenta de los males que padeciera el soldado, se retiraban siempre que esta medida pudiese prepararles una victoria ó ahorrar desgracias inútiles; y si vencian sabian que les aguardaba por premio el entrar en la orgullosa aristocracia: lo que forma un extraño conjunto de heroismo y de espíritu mercantil. Napoleon, que interpretaba aquellas precauciones por miedo, y calificaba de fuga aquellas retiradas, cobraba cada dia mas osadía.

La marina inglesa, puesta frente á frente con la francesa, hacia el mismo papel que Napoleon y sus ejércitos con respecto á los austriacos. Los almirantes franceses, obser-

(1) También en Santa Elena decia: "La pobre constitucion inglesa se halla hoy gravemente comprometida."

vadores rigurosos de la táctica antigua, se formaban en grandes líneas esforzándose para llegar al abordaje y girar detras del enemigo para ponerlo entre dos fuegos. Nelson concentraba todos sus esfuerzos segun las reglas de la táctica moderna, sobre un punto solo, cortaba la línea enemiga, y verificaba el ataque en puntos distintos de la escuadra. Estas maniobras ofrecian pocas dificultades al almirante inglés, tanto porque tenia marinos muy ejercitados desde su niñez, como porque lo tenia todo arreglado y sometido á la mas severa disciplina; de suerte que cada cual de sus buques podia bien maniobrar por sí siempre que lo requirieran las circunstancias. Napoleon, pues, fué tan desdichado en sus combates navales, como afortunado en sus campañas.

La Francia, cuando él se sentó bajo el rego dosel, tenia ochenta navíos, setenta y ocho fragatas y cuarenta y siete corbetas; la España la auxiliaba con setenta y cuatro navíos y cincuenta y seis fragatas; las Provincias Unidas con cuarenta navíos y treinta y ocho fragatas; pero fuerzas tan poderosas quedaron casi todas destruidas en Trafalgar, y sus restos perecieron en otros combates particulares. Cuando zarpaba una escuadra de los puertos franceses, era para la Gran-Bretaña un objeto de triunfo, y podemos decir con mucho acierto, que las guerras marítimas del imperio consolidaron la supremacia del Reino Unido. El almirante Linois, encargado de recobrar á Pondichery, en el Océano Indio, fué derrotado por una flota mercante; y á su regreso á Europa cogido por la escuadra del almirante Waren, se vió obligado á rendirse. Otra escuadra que salió de Brest á fin de llevar provisiones á la colonia de Santo Domingo, fué vencida y capturada, y otras fueron dispersadas en distintos parajes.

Napoleon escarnecia las especulaciones comerciales de la Gran-Bretaña, mientras que eran éstas las que constituian su grandeza. Así es que, fue menester trabajar mucho para hacerle comprender las ventajas que produciria un banco, el cual, finalmente, fue fundado en París por algunos capitalistas. Le pareció cosa muy estraña y contraria á sus cálculos, cualquiera teoría que tuviese por objeto preferir una operacion sencilla y natural, á otra forzada y violenta. En efecto, habiendo reparado que la Gran-Bretaña se manifestaba muy severa y rigurosa con los países neutrales, quiso imitarla y estableció el sistema continental por vengarse de ella. La primera idea de un bloqueo continental, la habian dado ya á los europeos los anglo-americanos, luego despues la Convencion (18 vendimiario, año II) prohibió la introduccion de todas las mercancías ó manufacturas procedentes de la Gran-Bretaña, conminando con castigos muy rigurosos y hasta con veinte años de cadena á los que contraviniesen á sus órdenes, aun cuando se tratase de actos que pudiesen interpretarse

por muy inocentes y sencillos, como el de llevar un chaleco de piqué inglés.

De aquellos republicanos aprendió, pues, Napoleon la absurda tiranía del sistema continental [1]. Pero no contentándose con

(1) Vamos á transcribir en esta nota el primer decreto constitutivo del bloqueo continental, publicado por Napoleon en Berlin con fecha 21 de Noviembre de 1806, no tan solo porque es un gran documento histórico de aquella época, sino tambien porque fué una de las causas principales que indujeron entonces á muchos economistas á sostener las teorías erróneas y perniciosas del sistema prohibitivo, que ha producido perjuicios incalculables á la riqueza de las naciones.

Decreto constitutivo del bloqueo continental.

"Napoleon, emperador de los franceses y rey de Italia, considerando:

1.º Que Inglaterra no admite el derecho de gentes, seguido universalmente por todos los pueblos;

2.º Que reputa como enemigo á todo individuo que pertenece á un estado enemigo, y en consecuencia hace prisioneros de guerra, no solamente las tripulaciones de las embarcaciones armadas en guerra, sino tambien las de los bajeles y navíos mercantes, y aun á los factores de comercio y negociantes que viajan por los asuntos de tráfico;

3.º Que estiende á las embarcaciones y mercaderías de comercio y á las propiedades de los particulares, el derecho de conquista que no puede aplicarse sino á lo que pertenece al Estado enemigo;

4.º Que estiende á las ciudades y puertos de comercio no fortificados, á las radas y embocaduras de los rios, el derecho de bloqueo, que segun la razon y la costumbre de todos los pueblos cultos, no es aplicable sino á las plazas fuertes, que declara bloqueadas las plazas, delante de las cuales no tiene un solo buque de guerra, aunque una plaza no esté en este estado sino cuando se ve atacada de tal modo, que no puede probarse á acercarse á ella sino con un peligro inminente; que declara tambien bloqueados lugares que todas sus fuerzas reunidas serian incapaces de bloquear, como costas enteras y todo un imperio.

5.º Que este monstruoso abuso del derecho de bloqueo no tiene otro objeto que impedir las comunicaciones entre los pueblos, y elevar el comercio y la industria de Inglaterra, sobre la ruina de la industria y del comercio del continente;

6.º Que siendo tal evidentemente el objeto de Inglaterra, cualquiera que en el continente hace el comercio de géneros ingleses, favorece en el hecho sus designios y se hace su cómplice;

7.º Que esta conducta de Inglaterra digna en todo de los primeros siglos de la barbarie, ha aprovechado á esta potencia con detrimento de todas las otras.

8.º Que es de derecho natural oponer al enemigo sus mismas armas y combatirle del mismo modo que él combate, cuando desconoce todas las ideas de justicia y todos los sentimientos genero-

hacer el papel tan solo de imitador, quiso también añadir algo de su propio fondo, dándole aun mas estension y un carácter de predominio universal que inspiró grandes recelos á las demas naciones.

sos que son el resultado de la civilizacion entre los hombres.

Nos hemos resuelto aplicar á Inglaterra las costumbres que ha consagrado en su legislacion marítima.

Las disposiciones del presente decreto serán consideradas constantemente como principio fundamental del imperio, hasta que Inglaterra reconozca que el derecho de la guerra es único y el mismo en la tierra que en el mar; que no puede estenderse á las propiedades particulares, cual quiera que sean, ni á las personas de los individuos extraños á la profesion de las armas; y que el derecho de bloqueo debe limitarse á las plazas fuertes realmente cercadas por fuerzas.

En consecuencia de lo cual hemos decretado y decretamos lo siguiente:

Art. 1.º Las islas británicas quedan declaradas en estado de bloqueo.

2.º Quedan interrumpidos todo comercio y correspondencia con las islas británicas.

En consecuencia, las cartas ó paquetes dirigidos á Inglaterra, ó á un inglés, ó escritos en lengua inglesa, no tendrán curso en los correos y serán secuestrados.

3.º Todo individuo súbdito de Inglaterra de cualquier clase y condicion que sea, que se encuentre en los países ocupados por nuestras tropas ó por las de nuestros aliados, será hecho prisionero.

4.º Todo almacén, toda mercadería, toda propiedad, de cualquiera naturaleza que pueda ser, como pertenezca á un súbdito de Inglaterra, será declarada buena presa.

5.º Se prohíbe el comercio de géneros ingleses y toda mercadería perteneciente á Inglaterra ó procedente de sus fábricas y colonias, queda declarada de buena presa.

6.º La mitad del producto de la confiscacion de las mercaderías y propiedades declaradas de buena presa por los artículos precedentes, se empleará en indemnizar á los comerciantes de las pérdidas que hayan experimentado por la presa de los buques de comercio que han aprehendido los corsarios ingleses.

7.º Todo buque que venga directamente de Inglaterra ó sus colonias, ó que de ellas haya venido despues de la publicacion de este decreto, no será recibido en ningun puerto.

8.º Toda embarcacion que por medio de una declaracion falsa, contravenga á la disposicion inserta arriba, será secuestrada y el buque y cargamento confiscados como si fuesen de propiedad inglesa.

9.º Nuestro tribunal de aprehensiones de Paris, queda encargado del juicio definitivo de todas las contestaciones que puedan sobrevenir en nuestro imperio ó en los países ocupados por el ejército francés, relativas á la ejecucion del presente decreto. Nuestro tribunal de aprehensiones de Milan, quedará encargado del juicio definitivo de

Quiso, pues, tirar una línea que ceñía á Europa desde Holanda hasta las islas Jónicas, á fin de que pareciera Inglaterra, no pudiendo despachar mas sus manufacturas ni sus productos coloniales. Declaró así en Berlin como en Milan, que serian prisioneros de guerra todos los ingleses que se encontrasen en países ocupados por las tropas francesas, y buena presa todas las naves, géneros, propiedades y almacenes pertenecientes á súbditos de la Gran-Bretaña. Vedó además en todos los puertos la admision de los buques procedentes de Inglaterra; pero medidas semejantes, que eran pueriles y gigantescas al mismo tiempo, no daban mas resultado que el de sacrificar á la propia venganza intereses incalculables, dirigiendo contra los pueblos no fáciles de vencer como los monarcas, la encarnizada guerra que hasta entonces habia dirigido tan solo contra estos últimos.

Providencias tan fatales y violentas produjeron en Europa el saqueo, la confiscacion, el espionaje, la violacion de depósitos y cartas, el anonadamiento de ciudades comerciales y la necesidad de un despotismo mas atroz del que se habia visto durante la época frenética del terror, y finalmente se descargó el último golpe al comercio, y se paralizó la navegacion de los buques de las potencias neutrales, dejando de respetar su bandera siempre que éstos consintieran en que los visitase un buque inglés.

Pretendió, pues, Napoleon, hacer la guerra á la Gran Bretaña, estableciendo un sistema de opresion y violencia contra el mundo entero: condenando á los hombres á toda especie de privaciones; las tierras á producir frutos distintos de los que la naturaleza les concedia; á los reyes á desplegar una fuerza despótica que no todos tenian ni todos se inclinaban á usar, y obligando también á los países que no producian nada y que no poseian mas que puertos y costas como la Suecia, á renunciar al comercio. Pero semejante sistema que arruinaba el continente, no podia ser duradero; por la sencilla razon de que su violencia que pretendia reducir á tráfico local el comercio que se habia dilatado ya por todo el mundo, ponía á los pueblos en contradiccion con toda idea de civiliza-

dichas contestaciones que puedan ocurrir en nuestro reino de Italia.

10. Se comunicará el presente decreto por medio de nuestro ministro de relaciones exteriores, á los reyes de España, Nápoles, Holanda y Etruria y á nuestros demas aliados cuyos súbditos son víctimas como los nuestros, de la injusticia y barbarie de la legislacion marítima inglesa.

Nuestros ministros de relaciones exteriores de guerra, de marina, de hacienda, de policia, y nuestros directores generales de correos, quedan encargados, cada uno en lo que le pertenece de la ejecucion del presente decreto."

[Nota del traductor.]

cion. Sin embargo, se encendian hogueras para quemar los géneros procedentes de Inglaterra; y luego por codicia se permitia su introduccion, pero pagando el cincuenta por ciento, ó se otorgaban licencias particulares que multiplicaban el contrabando. Fué entonces cuando surgieron por do quiera quejas, violaciones, resistencias (1810), y la carestía de azúcar, de café, de algodón, se convirtió en arma mortífera contra Napoleon, á quien acarreó perjuicios mas graves un error económico que la enconada enemistad de los reyes [1]. Medró entonces la industria nacional; pero puede sostenerse que ésta es útil y provechosa cuando no nos proporciona productos mejores y mas baratos? Napoleon suponía que las ventajas de la Gran Bretaña procedían del comercio exterior, y que su poder se desplomaría tan luego como se le cerrase el continente europeo; pero para conseguir este fin era menester cerrarle el mundo: lo que no pudiendo verificarse, no se hacia mas que poner de manifiesto á Inglaterra cuán grande era su poder, pues aun teniendo cerrados los puertos de Europa no le era difícil subsistir. Desde entonces la política de Napoleon y la de la Gran Bretaña tuvieron su fórmula especial, reduciéndose la de la primera al sistema de trabas para el comercio, y la de la segunda á una plena libertad comercial. En efecto, fué ésta la base en que se apoyaron las guerras y las alianzas sucesivas.

Canning y Castlereagh habian adoptado los consejos de Pitt, estando persuadidos como todos sus compañeros que se debia luchar á muerte contra la preponderancia adquirida por Napoleon. Este entre tanto declaraba bloqueada á Inglaterra; pero es de considerar que á la sazón no podia salir ningun buque francés del puerto, sin ser capturado por los cruceros británicos; así que, habiendo declarado Inglaterra que el pabellon neutral no protegía la mercancía, y dado orden de capturar todo buque que tocase en los puertos de Francia, logró aniquilar real y verdaderamente el comercio francés.

Habiendo sabido además, que por un artículo secreto del tratado de Tilsitt las escuadras rusa, portuguesa y danesa debían unirse con la francesa para hostilizar á la Gran Bretaña, ésta envió otra escuadra poderosísima á Dinamarca á fin de que aquel gobierno le entregase sus buques hasta la conclusion de la paz: lo que consiguió, apoderándose de treinta navíos con mas de dos mil cañones [26 de Octubre de 1807], despues de haber bombardeado á Copenhague. Alejandro de

[1] Tan solo Coletta, por lo que yo sepa, defiende á excusa el sistema continental (lib. VI); y reconviene á la presuntuosa Italia (lib. VII), porque se quedaba mal satisfecha al verse obligada á adoptar todas las formas francesas. No me atrevo á colocar ni siquiera entre las producciones racionales el panegírico de Giordani sobre el particular.

Rusia, indignado de esta violacion del derecho de gentes, aunque podia disculparse alegando que así lo requería la seguridad pública, se adhirió al sistema continental. Sin embargo, podemos decir que se decidió á abrazarlo, porque ansiaba realizar sus proyectos de conquista, quitando del medio todo lo que pudiera habérselos estorbado. Habiendo, pues, estrechado su alianza con el emperador de los franceses, á pesar de la repugnancia de la nacion y de su familia, declaró la guerra á la Gran Bretaña.

Hemos patentizado ya todos los sacrificios que habia hecho Carlos IV de España en favor de la república francesa, aunque animado por un justo sentimiento de lealtad y por sostener los intereses comunes de los monarcas, habia protestado enérgicamente contra la prision de Luis XVI, gastando dinero para salvarlo, y declarado despues de su suplicio, guerra á Francia, la cual se tuvo por tan patriótica, que el pueblo le ofreció para llevarla á cabo setenta y tres millones de reales. Pero las primeras derrotas desalentaron al gobierno español, y Carlos hizo la paz con la república. Siendo ya anciano y poco inclinado al manejo de los negocios, se complacia en la pompa del ceremonial antiguo, en la tranquilidad de la vida doméstica, y en la caza sedentaria, confiando toda la régia autoridad á su esposa Luisa de Parma, mujer de mucha actividad, dotada de viveza de espíritu y de un carácter ardiente. Un tal Godoy, guardia de corps, elevado á los primeros cargos por su gran capacidad, logró mejorar la situacion de España, asociándose á los varones mas ilustres del país (1), y últimamente llegó á ser amante y dueño de la reina. Queriendo entonces sacar buen partido de su situacion y adquirir mas preponderancia, favoreció el tratado con Francia, por el cual obtuvo el título de príncipe de la Paz (2). Sin embargo, cuando Napoleon escediéndose en sus triunfos, destronó á los Borbones de Nápoles y quitó á la España las Baleares destinándolas en compensacion de la Sicilia, cuya cesion pretendía, Carlos IV habiendo concebido sospechas de sus intenciones entró en la coalicion [5 de Octubre de 1806], y el Mediodía respondió al grito de alarma del Norte. El desastre de Prusia dettó á España sin apoyo, y por lo tanto ésta se resignó á todas las condiciones que se quisieran imponerla. Napoleon, que no blaso-

[1] Basta citar al insigne economista Jovellanos y al poeta Melendez.

[2] No hay mal de que no se haya culpado á éste valido; pero es de notar que en España no ha habido ministro que no haya servido de blanco al odio y á la censura de los grandes, á quienes hacian eco los plebeyos si bien con menos espontaneidad de lo que se cree. Es de advertir también que los partidarios de Napoleon hallaron ventajoso á sus intereses el vituperar á Godoy y á su señor. Thiers ha copiado y autorizado cuanto mas malo propalaron sobre aquel favorito.